

SEMANA DE LA OCTAVA DE LA PASCUA

Durante este tiempo celebramos la Semana de la Octava de Pascua. Toda esta semana celebraremos la Resurrección de Cristo, como si fuera un solo día, el Domingo de Pascua de Resurrección. Se inauguran los cincuenta días del tiempo pascual que culminan con la fiesta de Pentecostés. Los Hechos de los Apóstoles, nos presentarán el caminar de la naciente Iglesia apostólica, con las peripecias que sufrieron los Doce por el anuncio del Evangelio que parte en Jerusalén hasta el corazón del mundo conocido de entonces: la Roma imperial. Las apariciones de Cristo Resucitado, son el centro de cada una de las lecturas evangélicas de esta semana. Es el Espíritu de Dios, que acompaña a la Iglesia, desde entonces hasta para escribir su historia hecha de luces y sombras, martirio y gloria hasta el día de hoy.

LUNES

Lecturas bíblicas:

a.- Hch. 2,14. 22-33: Dios resucitó a Jesús.

El texto nos presenta el primer sermón de Pedro a los judíos. Se ha cumplido la profecía de Joel, con Pentecostés, han llegado los últimos tiempos (v.17s; cfr. Jl.3, 1-5). Pedro expone por primera vez el kerigma a judíos y gentiles: confesión audaz del Nombre de Jesús, en el que centra todo su misterio: el misterio de su persona, su ministerio, Dios obra por su medio, especialmente en su muerte y resurrección (vv.22-23; cfr. Hch. 4,30; 10,38; Jn.5, 36; 10,25; 14,11; Mt.11,3-5). Sin embargo, Jesús muere por designio divino, anunciado por las Escrituras y cuyos responsables son las autoridades judías (vv. 32-36; cfr. Hch. 3,18; 4,28; 13,29; Lc. 22,22; 24, 26.46). Pero es el Padre, quien le resucita de entre los muertos, para constituir a Jesús en: "Señor y Cristo" (v.36; cfr. Hch. 4,10; 5,30; 10,40; 13,30.33-34.37; 17,31). Esta es la fórmula original de la confesión cristiana, de los primeros testigos de la Iglesia apostólica. La celebración eucarística, que conmemora el misterio pascual, nos introduce nuestra vida en el plan de Dios, hasta su manifestación en la vida eterna. La Iglesia, se va nutriendo por la Palabra y la Eucaristía que nos transmitieron los apóstoles.

b.- Mt. 28, 8-15: Aparición de Cristo a las mujeres.

En este evangelio tenemos la aparición del Resucitado a las mujeres (vv.9-10), y el soborno de los soldados (vv.11-15). El ángel había mandado a las mujeres de comunicar a los discípulos: ir a Galilea, ahí verán a Jesús Resucitado. Los que no lo vieron muerto, porque habían huido, ahora lo contemplarán vivo y glorioso, si vuelven a ÉL. Las mujeres se alegran por el mensaje que Jesús está vivo, pero las

invade el miedo ante la presencia del ángel del Señor. Cuando las mujeres van de camino, Jesús Resucitado se les presenta y las saluda: “Salve” (v. 9; cfr. Sof.3,14-17). Con este saludo familiar el evangelista, quiere manifestar la cercanía de Jesús con los suyos. Las mujeres caen de rodillas y le adoran y Jesús confirma lo dicho por el ángel: “No temáis. Id, avisad a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me verán.” (v. 10). Mientras el ángel llamó a los apóstoles sus discípulos, Jesús habla en tono mucho más coloquial los llamó “mis hermanos” (vv.7.10). El hecho de la peregrinación, los unirá interiormente por la fe y el amor hasta la unión definitiva con Él. Jesús, está en medio de sus hermanos, como Señor viviente. En un segundo momento, tenemos la mentira inventada por los sacerdotes del templo, que sobornan a los soldados para acusar a los discípulos, que habían robado el cuerpo de Jesús (v.13). Los soldados, no confesaron que se habían dormido, como tampoco, que temían a la reacción de Pilatos cuando se enterara de esta falta. La invención de esta mentira tiene una incoherencia: ¿Cómo vieron robar el cuerpo, si supuestamente estaban dormidos? ¿Qué interés podían tener los soldados en difundir esta historia? Si los corazones ya estaban endurecidos, por todo lo que habían vivido los judíos, muchos creyeron esta mentira. Sin embargo, la noticia de la Resurrección de Jesucristo, el Mesías, es como luz en medio de las tinieblas (Jn.1,5). Muchos hoy no creen en la Resurrección de Jesús, en cambio, para los que creen poseen vida renovada; han pasado de las tinieblas del pecado, a la luz de la gracia, que brilló el alba del Domingo de Resurrección. La comprensión de la fe y sus misterios, comienza a dar frutos en la mente, corazón y vidas de los apóstoles, y también de los que escuchan esta noticia por primera vez, con las apariciones del Resucitado.

S. Teresa de Ávila invita a estar al pie de la Cruz, para ser fuertes en la fe como la Magdalena. “Pues supliquemos siempre nos haga mercedes, rendida el alma, aunque confiada de la grandeza de Dios. Pues para que esté a los pies de Cristo le dan licencia, que procure no quitarse de allí, esté como quiera; imite a la Magdalena, que de que esté fuerte, Dios la llevará al desierto” (Libro de la Vida 22,12; Os.2,16).

MARTES

Lecturas bíblicas:

a.- Hch. 2, 36-41: Primeras conversiones: convertíos y bautizaos.

Al finalizar su primer sermón, Pedro, explica el profundo significado de la resurrección para el propio Jesús ser constituido “Señor y Cristo” (v.36; cfr. Sal.109,1; Rm.10,9; 1Cor.12,3; Flp.2,11; Lc.4,18). La Resurrección le devuelve a Jesús todos sus atributos divinos (cfr. Rm.1,4; 1Tm.3,16). Pero también tiene un significado para los oyentes de Pedro que se manifiesta en su pregunta: “Qué hemos de hacer, hermanos?” (v.37). Su aceptación conlleva la conversión y el bautismo, acompañada por la promesa divina del perdón de los pecados y el don

del Espíritu Santo (vv.38-39). Aceptar la Buena Nueva, es el camino para alcanzar la salvación. Tengamos en cuenta las palabras de Pedro válidas también para nuestro tiempo: “Les exhortaba: Salvaos de esta generación perversa.” (v.40). La Iglesia al proclamar la Resurrección de Cristo, crece en el mundo, por medio del bautismo, que se administra en Nombre de Jesús, el creyente le pertenece para siempre, queda bajo su autoridad, es agregado a su familia, el nuevo pueblo, la Iglesia. Ese día, hubo un número considerable de bautismos, tres mil personas (v.41), con lo que pone de relieve, la fuerza de la predicación, la acción del Espíritu Santo y la bendición de Dios sobre la naciente iglesia. La Eucaristía es hoy, donde celebramos la Resurrección de Cristo, la que hace presente su Palabra y su Cuerpo glorioso, alimenta la comunidad eclesial y renueva la sociedad.

b.- Jn. 20,11-18: Aparición a María Magdalena.

El evangelio, nos presenta a la Magdalena en diálogo con los ángeles en la tumba de Jesús (vv.11-13), y la aparición del Resucitado (vv.14-18). La Magdalena regresa a la tumba la mañana del domingo, su llanto, habla que permanece en la oscuridad de la incredulidad, no comprende lo ocurrido con el cuerpo de Jesús. María, mira dentro de la tumba como la primera vez, ve los ángeles, lo que significa que Dios ha entrado en la historia de los hombres lo que se refleja en la pregunta que le hacen: “Mujer, ¿por qué lloras?” (v.13). Su respuesta, revela que ella busca el cadáver del Señor (vv.2.13). La incredulidad de María crece cuando cara a cara con Jesús, es incapaz de reconocerle (v.14). Le pregunta: “Mujer, ¿a quién buscas?” (v.15). Paradojalmente, a Aquel a quien ella busca, le pregunta a quién busca, su incredulidad se acentúa cuando confunde a Jesús con el hortelano. A él le pregunta dónde ha puesto el cuerpo, le pide una respuesta acerca de la tumba vacía, insiste en creer que el cuerpo ha sido llevado, es más, ella quiere llevarse el cuerpo (v.15). Ni luces de la Resurrección, ni tampoco del Resucitado, mientras que lo único que le preocupe sea encontrar un cadáver (vv.1-2.11-15). Jesús la llama por su nombre: “María” (v.16), como Buen Pastor, la llama por su nombre (cfr. Jn.10, 3.14), ella lo reconoce la voz del Maestro, confesión parcial de fe en Jesús, aquel que conoció en vida, y quiere retenerlo como fuente de sus esperanzas. Jesús le prohíbe tocarlo, ha sido glorificado, está por cumplirse la subida al Padre, por ello, los discípulos ahora son sus hermanos, porque han creído en ÉL; luego de su Ascensión, a Dios y Padre, será también, Dios y Padre de los discípulos, desde ahora son hermanos de Jesús (vv.16-17). Lejos del sepulcro, María obedece al Resucitado, y anuncia a los discípulos: “He visto al Señor” (v.18). Su movimiento refleja sus pasos de fe hacia Jesús: desde una confesión parcial en su Maestro, a convertirse en la primera en haberlo *visto y ser capaz de comunicar las palabras de Jesús Resucitado a los suyos*. Se convierte así, después de los discípulos, Pedro y Juan, en modelo de discípula, mensajera que en su anuncio refleja una fe luminosa.

S. Teresa de Ávila, tiene a la Magdalena como modelo de conversión y contemplativa: “Estando el día de la Magdalena considerando la amistad que estoy obligada a tener a nuestro Señor conforme a las palabras que me ha dicho sobre

esta Santa, y teniendo grandes deseos de imitarla, y me hizo el Señor una gran merced y me dijo: que de aquí adelante me esforzase, que le había de servir más que hasta aquí. Dióme deseo de no me morir tan presto, porque hubiese tiempo para emplearme en esto, y quedé con gran determinación de padecer” (Relaciones 42).

MIERCOLES

Lecturas bíblicas:

a.- Hch. 3, 1-10: Curación de un tullido.

El texto nos narra el primer milagro de los apóstoles: Pedro y Juan, testigos de la Resurrección, tal como lo hacía Jesús mientras estaba con ellos, realizan signos y prodigios, como actividad apostólica y se despliega la efusión del Espíritu (cfr. Hch.2,16.19; Jl.3,3). Los apóstoles suben al Templo por la oración de la tarde (cfr. Ex.29,39-42; Eclo.50,5-21; Lc.1,8-10; Hch.10,3,30). Un tullido junto a la puerta Hermosa les pide limosna, Pedro y Juan fijan su mirada, para darle no unas monedas sino la curación en nombre de Jesús Nazareno, lo que rememora que les dio poder para ello (Lc.9,1). Pedro, lo toma de la mano derecha (Dt.26,5-9; Is.42,6), y lo levantó, es decir, le dio nueva vida. Ambos gestos, hacen de Pedro y Juan, mediadores de la salvación, demuestran ante el pueblo, que el Nombre de Jesús, es fuente de salud y salvación para el hombre, en este caso un tullido que sanó de sus tobillos, dio un salto y caminaba (v.7). Pedro hizo partícipe de la resurrección de Jesús al tullido, quien le comunica su fuerza y una vez sano ingresa al Templo alabando a Dios (v.8). La mención de los tobillos que recobraron fuerza por parte de Lucas, alude a los profetas que anunciaron estas sanaciones: “Entonces saltará el cojo como ciervo, y la lengua del mudo lanzará gritos de júbilo.” (Is.35,6); “Profetiza al espíritu, profetiza, hijo de hombre. Dirás al espíritu: Así dice el Señor Yahveh: Ven, espíritu, de los cuatro vientos, y sopla sobre estos muertos para que vivan.» Yo profeticé como se me había ordenado, y el espíritu entró en ellos; revivieron y se incorporaron sobre sus pies: era un enorme, inmenso ejército. [...] Infundiré mi espíritu en vosotros y viviréis; os estableceré en vuestro suelo, y sabréis que yo, Yahveh, lo digo y lo haga, oráculo de Yahveh.” (Ez.37,10.14). Se acredita, que Jesucristo, es el único Salvador (cfr. Mt. 1,21; Lc.2,11; Jn.4,42; Hch.5,31; 13,23), la intervención redentora de Dios en medio de su pueblo. La acción de Jesús, ahora es medida por la comunidad cristiana, representada por Pedro y Juan, y al pueblo judío simbolizado por el tullido, en la Iglesia que alaba al Señor (cfr. Hch.2,47). Lucas insinúa que este hombre ahora sano pasó a formar de la comunidad cristiana. Sanar al tullido fuera del Templo, viene a significar que, si bien los apóstoles y la comunidad no había roto con el Santuario, ya no se identifica plenamente con él, acudían a rezar, pero su centro es Jesucristo resucitado. La alegría del tullido, es signo que este hombre ha pasado de la muerte a la vida dada

por Jesús y el asombro de la gente que estaba cerca de la puerta Hermosa alababa a Dios.

b.- Lc. 24,13-35: Los discípulos de Emaús.

El evangelio se puede dividir en tres momentos: el encuentro de los discípulos con Jesús (vv.13-16), la conversación (vv.17-27), y la revelación durante la Cena (vv.32-35). Unos discípulos de Jesús, sin esperanza regresan de Jerusalén y se dirigen a Emaús, venidos por las fiestas pascuales. Conversan de todo lo acontecido los últimos días; días difíciles para ellos, como seguidores de Jesús. El que ha muerto Crucificado, se hace caminante, peregrino con ellos (cfr.Jn.10). Juntos hacen un camino de fe en Jesús Nazareno, profeta, poderoso en palabras y obras, era la palabra de Dios hecha historia de salvación para los hombres, pensaban que sería el liberador de Israel (v.21; cfr. Jr.14, 8; Zac. 1,68-79). Su dolor y decepción, habla de cómo los discípulos, tenían su propia imagen del Mesías, no habían comprendido que Jesús debía padecer para entrar en la gloria; el sufrimiento no entraba en sus categorías mesiánicas (v.26; cfr. Is. 55,6-9). El Peregrino, les reprocha no creer ni interpretar los hechos, según las Escrituras, no han creído lo anunciado (v.27; cfr. Is.3,8). Avanzaba la tarde, y llegada la hora de cenar, nace el deseo de los discípulos que el desconocido permanezca con ellos (vv.28-29). Cuando el forastero toma el pan, hace la bendición, entonces se abren los ojos de la fe a los discípulos (vv. 30-31. 34). El Pan, es decir, Jesús vivo en la Eucaristía, escondido si se quiere, les despierta el don de la fe se enciende. Los discípulos regresan a Jerusalén a contar lo vivido a los Once (vv.32- 33), pero ellos, a su vez, se encuentran con la confesión de la comunidad apostólica: “Es verdad. ¡El Señor ha resucitado, y se ha aparecido a Simón!” (v. 35; 1Cor.15,5). Cada uno de ellos ha experimentado un encuentro con Jesús Resucitado, pero especialmente Pedro, por la tarea que tiene de confirmar la fe de sus hermanos. El día del Señor, el Resucitado, prepara el banquete de la Eucaristía a la asamblea eclesial, con la Palabra y en el Pan que da vida.

S. Juan de la Cruz nos invita a creer por la fe, que entra por el oído más que por la visión (Rm.10,17). “Y a los que iban a Emaús primero les inflamó el corazón en fe que le viesan, yendo el disimulado con ellos (Lc. 24, 15); (y), finalmente, después los reprendió a todos (Mc. 16, 14) porque no habían creído a los que les habían dicho su resurrección; y a Santo Tomás (Jn. 20, 29), porque quiso tomar experiencia en sus llagas, cuando le dijo que eran bienaventurados los que no viéndole le creían.” (3 Subida del Monte Carmelo 31,8).

JUEVES

Lecturas bíblicas:

a.- Hch. 3,11-26: Segundo discurso de Pedro al pueblo.

Con motivo de Pentecostés la gente quedó asombrada y dio a Pedro la oportunidad de hacer su primer sermón, que exhortaba al bautismo en nombre Jesús, para conseguir el perdón de los pecados y la efusión del Espíritu, también aquí encontramos el asombro del pueblo debido a la sanación del tullido (cfr. Jn.5,1-8; 6,19-47). Pedro, ahora tiene la oportunidad en un segundo sermón para llamar a la conversión a sus oyentes que acudieron a la puerta Hermosa del Templo. Adquiere sentido simbólico ese lugar porque Jesús se paseaba por ese lugar (cfr. Jn.10,23; Hch.3,1.11; 5,12), lo que indica, que la comunidad cristiana, no había terminado su relación con el Templo de Jerusalén. Sin embargo, la comunidad adquiere una identidad propia, se reúnen donde había estado Jesús, pero no en el lugar propio del culto. El evangelista centra su mirada, no en el tullido, ahora sano, sino en la figura de Pedro que se dirige a los israelitas, es decir, un pueblo destinado a la salvación que había prometido a los padres. Su pregunta a la gente, quiere dejar en claro que la curación del tullido no se debe a su piedad; crea el deseo de saber, quien sanó al tullido (v.12). Ha sido el Dios de “Abraham, Isaac y Jacob sigue actuando, cumpliendo sus promesas: ha glorificado a su Siervo Jesús (v.13; cfr. Ex.3,6.15; Is.53,13). El Dios de Israel, que había acompañado a su pueblo en su peregrinar hacia la tierra prometida, ha actuado ahora resucitando a Jesús de Nazaret, glorificándolo, llevándolo al cielo (v.15; Lc.24,6.51; Hch.1,6.11). El propósito de Pedro, es agregar a la Iglesia, verdadero Israel, a los judíos y más tarde a los paganos. En Jesús, se cumplen las promesas del Antiguo Testamento. Pedro, califica a Jesús de Siervo, que hace referencia al Siervo de Yahvé que asume el sufrimiento libremente para la redención de Israel y los hombres de toda nación (cfr. Is.42,1-7;49,1-12; 50,4-11; 52,13-53,12; Hch.8,32-33). También hace referencia al Hijo de Dios, que haciéndose Siervo trae la salvación a la humanidad primero a los judíos, luego a los paganos. Les recuerda que lo han entregado, renegaron de ÉL, ante Pilato, “el Santo, el Justo”, dejando en libertad a un asesino, matan al “jefe de la vida” (v.15; cfr. Lc.23,1-2; Rm.8,32; Gal.2,20; Ef. 5,2.25), pero Dios lo resucitó y ellos son testigos. Si bien la ignorancia los llevó al pecado, a ellos y sus jefes, Pedro les recuerda el plan de Dios anunciado por los profetas: el Mesías debía padecer, por el pueblo que iba a redimir como Moisés y ser glorificado como se espera una restauración y bendición (vv.18.21.22-25; Ex.2,14, Dt.18,15.19). Este plan salvífico está destinado en primer lugar, a los hijos de los profetas y de la alianza (vv.20.25-26). La ignorancia que llevó a la cruz a Cristo, se cambiará por arrepentimiento (Hch.3,17.19.26), y se obtendrá la bendición de Abraham primero para los judíos y luego para todas las razas de la tierra (vv. 25-26). Pedro entra en la línea de los profetas, al confesar su fe en Cristo resucitado y exhorta a apartarse de la iniquidad y recibir su bendición. En la Eucaristía (cfr. Jn. 6, 51), celebramos la Nueva Alianza, fuente de bendición universal y definitiva, con el Pan de vida para la humanidad hambrienta de Dios.

b.- Lc. 24, 35-48: Aparición a los apóstoles.

El evangelio, propio de Lucas, el que tiene dos momentos: aparición a los apóstoles (vv.36-43), y últimas instrucciones a los apóstoles (vv.44-48). El texto presenta temas comunes a las apariciones del Resucitado como el saludo de la paz, el temor de los discípulos, señales de las manos y los pies (cfr. Jn.20,19-23; 1Cor.15,35-49). Lo propio de este pasaje lucano es la corporalidad de Jesús resucitado. Es la tarde del domingo, los discípulos terminan de escuchar el relato de los caminantes que iban a Emaús. Jesús se aparece, se pone en medio de ellos, y sus primeras palabras son un saludo de paz cumple así lo que había prometido (v. 36; cfr. Lc. 2,14; 7,50; 10,5; 19,42). Los discípulos que han escuchado a las mujeres, a los viajeros de Emaús, y al Padre acerca del Cristo resucitado, incluso se habían alegrado, ahora sienten temor: creen ver un espíritu, no una realidad corporal, que viene de las sombras de la muerte (v.37; cfr.1Sam. 28, 3-19; Is.8,19; Mt.14, 26). Para calmar su temor Jesús, como Buen Pastor, que busca a su pueblo, les interroga por los motivos para dudar acerca de su presencia y a la su voz de su palabra, les enseña sus llagas, se deja tocar sus manos y pies (vv.39-42; cfr. Os. 11,1-9; Mc. 9,24; Jn.20, 19-23; 1 Cor.15, 35-41.44-49). Del asombro se pasa a la alegría pascual, por ello, Jesús, les pide algo de comer y le ofrecen un trozo de pescado asado, que acepta (v. 43; Jn.21,9; Hch.1,3-8; 10,41). Las últimas instrucciones, dadas a los apóstoles establecen una continuidad entre el Jesús histórico y el Cristo Resucitado, debido a que antes de su misterio pascual les había pedido continuar su obra en comunión con la Iglesia. Al final de la cena los invita a recordar y poner énfasis entre lo que les dijo, el Jesús histórico y las Escrituras, que se han cumplido, alcanzando su plenitud (v.44). Todo ha sucedido, según lo anunciado, pero que los discípulos hasta ahora no habían comprendido (v.45; cfr. Lc.1, 20; 4,21; 9,31; 21,24; 22,16; 24,27.32.45). Por esto, Jesús abrió sus mentes, sus inteligencias, los ojos para comprender las Escrituras y recibir la fuerza y autoridad para la misión que les encomendaba de predicar en su Nombre la conversión para el perdón de los pecados, comenzando por Jerusalén (v. 46ss; Lc.9,45; 18,34). Ellos serán testigos de todas estas cosas, es decir, una vez revestidos del Espíritu Santo serán auténticos misioneros comunicando este mensaje de salvación. Si Jesús vive entre nosotros es fruto de la gracia y la acción de su Espíritu en muchos corazones abiertos a su acción en medio de su Iglesia.

S. Juan de la Cruz enseña a cerrar las potencias que constituyen al hombre, para abrir el oído a la voz de Dios. “Estese, pues, cerrado sin cuidado y pena, que el que entró a sus discípulos corporalmente, las puertas cerradas, y les dio paz sin ellos saber ni pensar que aquello podía ser, ni el cómo podía ser (Jn. 20, 19-20), entrará espiritualmente en el alma sin que ella sepa ni obre el cómo, teniendo ella las puertas de las potencias, memoria, entendimiento y voluntad, cerradas a todas las aprehensiones, y se las llenará de paz, declinando sobre ella, como el profeta dice (Is. 48, 18), como un río de paz, en que la quitará todos los recelos y sospechas, turbación y tiniebla que le hacían temer que estaba o que iba perdida. No pierda (el) cuidado de orar y espere en desnudez y vacío, que no tardará su bien.” (3Subida del Monte Carmelo 3,6).

VIERNES

Lecturas bíblicas:

a.- Hch. 4, 1-12: Pedro y Juan ante el Sanedrín.

Esta lectura, nos presenta otra etapa de la vida de la Iglesia apostólica: la persecución a causa del nombre de Jesús. Situación que Jesús anunció y la Iglesia desde los comienzos vivió como parte de su ministerio (v.3; cfr. Mt.10,17-23; Jn.15,20-21; 17,14) hasta hoy. El milagro realizado por Pedro y Juan, tuvo una reacción de parte de las autoridades religiosas de la ciudad de Jerusalén. Ambos son llevados ante el Sanedrín, donde se da el contraste entre las autoridades que persiguen a la Iglesia, y el pueblo que cree y acepta el evangelio, situación también vigente hasta el día de hoy (cfr. Hch. 5,17-18.26.40; 2,41.47; 4,21.33; 5,13-14). Delante del tribunal se les pregunta: “¿Con qué poder o en nombre de quién habéis hecho vosotros eso?” (v.7). Esto le da pie a Pedro para ir a la causa de esta sanación, y de la persecución: invocar el nombre de Jesús Nazareno, y su poder salvífico. Ese que ellos crucificaron, Dios lo resucitó, es la piedra que fue despreciada, pero ahora es piedra angular (vv.8-11; cfr. Sal.118, 22). De ahí que la salvación vaya más allá del milagro, sino que tiene un carácter universal, porque una vez resucitado Cristo, se convierte en piedra angular, fundamento, fuente de salvación para todo el que cree (cfr. Mt.21, 42; 1Pe. 2,4-7; Jl.3,5; Rm.10,13). Sólo en el Nombre de Jesús hay salvación para todos los hombres bajo el cielo (v.12). Hay que hacer notar, la fuerza expresiva y argumentativa de Pedro, es la acción del Espíritu Santo, que comienza a guiar el caminar de la naciente Iglesia de Jesucristo. En la Eucaristía, es fuente de salvación, para quienes invocan y celebra a Jesucristo resucitado.

b.- Jn. 21, 1-14: Aparición a orillas del lago de Tiberíades.

En el relato encontramos: una pesca milagrosa (vv.1-8), y una comida preparada por Jesús (vv.9-14). El evangelio es un apéndice o epílogo del cuarto evangelio. El trasfondo es de despedida con hechos constituyentes: Jesús en medio de sus discípulos, su Iglesia y contexto el compartir el pan. La narración comienza con una afirmación: Jesús se apareció a siete de sus discípulos junto al lago de Tiberíades (v.2; cfr. Jn. 1,35; 6, 67-69; 13,6-9; 20,2-7). Simón Pedro invita a sus compañeros a pescar, pero esa noche no cogieron nada (v.3). Una vez que regresan a la playa, al amanecer el Resucitado les espera, no lo reconocen, y él les pregunta: “Muchachos, ¿no tenéis nada que comer? Le contestaron: No” (v. 5; Jn. 4, 49; 16,21; 20,1.15; Lc.24,13-35.36-38). Les manda echar las redes a la derecha, imperativo que manifiesta la autoridad de Jesús sobre el mar y la obediencia de los discípulos tiene sus frutos (v.6; Jn.2,1-11; 6,1-15.16-21). La abundante pesca, es propia de los tiempos del Mesías (cfr.Lc.5,4-10; 24, 41-43; Jn.2,6; 6,11). Pedro y el discípulo amado, adquieren un rol particular: es el discípulo amado quien reconoce a Jesús

resucitado, y dice a Pedro: “Es el Señor” (v.7). Se evoca la respuesta de ambos ante la tumba vacía, en que el discípulo amado confiesa su fe en Jesús resucitado; Pedro al saber que es el Señor, se lanza al agua, para ayudar a traer la barca y la red con la abundante pesca (v.8; cfr. Jn. 20,6). Hay que resaltar que aquí el discípulo amado, cree porque ha visto, a diferencia de la tumba vacía, donde cree, sin haber visto a Jesús (cfr. Jn. 20,8). Un segundo estadio es la comida preparada por Jesús que los discípulos ven de lejos en la playa: en las brasas un pez y pan (v.9). Jesús le manda a Pedro traer algunos de los peces que acaba de pescar (v.10); en la red había ciento cincuenta y tres, la red no se rompió (v.11). Esta es una imagen de la Iglesia, la red que no se rompe por obra de Jesús y que contiene toda clases de peces de entonces conocidas. El autor está elaborando la restitución de la amistad de Pedro con el resucitado, las brasas de carbón, evocan la separación del apóstol de Jesús durante la pasión, ahora es invitado a unirse a ÉL, en una comida echa con otro fuego (cfr. Jn.18,3.18). En esta auténtica asamblea eclesial, Jesús resucitado constituye a sus discípulos en pescadores de hombres (cfr.Mt.4,18-22;13,47;28,15-20; Mc.1,16-20; Lc.5,1-11). Sabiendo que era Jesús, los discípulos comen el pan y el pez que les ofrece Jesús, es la Hora de la glorificación de Jesús (vv.12-13). En la celebración de la Eucaristía, también Jesús vivo, Resucitado, parte para nosotros el Pan para alimentarnos de vida eterna.

S. Teresa del Niño Jesús exhorta a su hermana Celina, a ser fiel en las pequeñas cosas para que Jesús la atienda también en las grandes. “Los apóstoles, sin Nuestro Señor, trabajaron toda la noche y no cogieron ni un solo pez; pero su trabajo era grato a Jesús. Él quería demostrarles que sólo él puede darnos algo. Quería que los apóstoles se humillasen... «Muchachos -les dice-, ¿tenéis algo que comer?» «Señor -respondió san Pedro-, nos hemos pasado toda la noche bregando y no hemos cogido nada» Tal vez si hubiese cogido algunos pececillos, Jesús no hubiese hecho el milagro; pero no tenía nada; por eso Jesús le llenó enseguida la red, de suerte que casi se rompía. Así es Jesús: da como Dios, pero exige la humildad del corazón...” (Cta.161).

SABADO

Lecturas bíblicas:

a.- Hch. 4, 13-21: Valentía de los apóstoles.

Esta lectura, nos presenta el reconocimiento que hacen los jefes religiosos de Jerusalén, de la valentía que Pedro y Juan, a la hora de hacer su defensa. Se admiran de ellos, porque saben que son hombres sin instrucción (v.13). Jesús les había prometido una asistencia irresistible del Espíritu Santo en la persecución (cfr. Mt.10, 20). La presencia del Espíritu, es el fundamento del testimonio apostólico, la parresía, es actuar con libertad de espíritu, para decir la verdad (v.3; Hch. 4,29.31; 28, 31). Valentía que nace de la fe en Jesús Resucitado, no de la formación

académica, sino de la fuerza irresistible del Espíritu que no se arredra ante las amenazas o las leyes (vv. 17.21), por está en cuestión la obediencia a Dios y el testimonio ante las autoridades (vv.19-20). Se despliega todo el poder del Nombre de Jesús, que además de salvar de la enfermedad, es fuente de salvación, que infunde valentía, fuerza de lo alto, contra los que colisionan los poderes de los hombres que quieren eliminarlo (Hch.4,10.12.13.14.16). Los acusadores, el Sanedrín, se convierten en acusados, porque Jesús Resucitó, el mismo que ellos crucificaron. El motivo de la acusación, la sanación del tullido, es la mejor defensa de los apóstoles, Dios legitima en ese hombre, ahora sano, el poder de Jesús y la predicación de sus enviados. Los incultos se convierten en maestros y los sabios en necios; ellos interpretan la Escritura y los jefes religiosos la leen, pero no la comprenden. Ante esta situación, les mandan callar y no enseñar al pueblo en nombre de Jesús (v.18). Pero a los apóstoles se les presentan una disyuntiva: ¿Obedecer a Dios o a los hombres? La orden, iba en contra de la voluntad de Dios. No podían dejar de hablar de lo que habían visto y oído en Jesús de Nazaret, y luego con el Resucitado, conocían cual era la voluntad de Dios (v.19). Los que verdaderamente quedaron mudos, fueron los propios jefes religiosos. No tenían pruebas en contra de los apóstoles, sabiendo que predicaban a Jesús, al que ellos habían matado, por ello lo soltaron. El hombre, ahora, sano, y el pueblo, estaban con los apóstoles; los dejaron libres y sin castigo.

b.- Mc. 16, 9-15: Apariciones de Jesús resucitado.

Este evangelio canónico, segundo final al texto de Marco, fue añadido más tarde. Es una síntesis de los relatos de las apariciones de los otros evangelistas en particular, Lucas y Juan. El texto de Marcos, finalizaba con la huida de las mujeres del sepulcro (Mc.16,8). El único testimonio de la resurrección era el del joven vestido de blanco que les dio la noticia a las mujeres y que los discípulos fueran a Jerusalén para verle (v.7). La comunidad de Marcos, no el evangelista, agregó para hacer más creíble la resurrección, estos testimonios que contienen las apariciones del resucitado, el mandato misionero, la ascensión, y el cumplimiento de la misión. Primeramente, se habla de las apariciones a la Magdalena, a los discípulos de Emaús y los Once. María Magdalena es presentada como aquella de la que Jesús, sacó siete demonios, es decir, sanada de una enfermedad funesta (v.9; cfr. Mc.16,1; Jn. 20,11-18; Lc. 7,36-50). Se describe la resurrección, como Jesús “se apareció” (v.9), palabra que se usa para las apariciones de Dios en el AT. En ese sentido la Magdalena resulta ser la primera testigo de la resurrección y lleva la noticia a los discípulos, los que habían vivido con Él y estaban tristes y llorosos como si estuvieran de duelo. Al escuchar que vivía y que ella lo había visto, no creyeron el anuncio de la mujer (vv.10-11). La aparición de Jesús a los discípulos de Emaús (cfr. Lc. 24), es descrita con mucha sobriedad, se presentó con “otra figura” a dos de ellos (v.12), fueron a comunicárselos a los Once (Lc.24,33-34), pero tampoco les creyeron (v.13). Finalmente, se refiere la aparición a los Once, (v.14; cfr. Lc. 24,36-43), en que Jesús, les reprocha una vez más su incredulidad y dureza de corazón

por no haber creído a quienes lo habían visto Resucitado. Es una fuerte llamada de la comunidad a los lectores del evangelio de Marcos, para evitar las dudas acerca de la resurrección de Jesucristo, núcleo de la fe cristiana (Jn.20,29). El mandato misionero, completa el evangelio de lo que hizo y enseñó Jesús, Hijo de Dios (cfr. Mt. 28,16-20; Lc.24,47). En la Eucaristía, escuchamos a Jesús Resucitado, en su palabra y luego por la fuerza del Espíritu, se aparece como Pan de vida para alimentar a la comunidad y con valentía predicar lo que hemos vivido allí al mundo entero.

S. Juan de la Cruz, enseña que Cristo Resucitado comparte la belleza de sus atributos al alma fiel: "Porque cuando uno ama y hace bien a otro, le hace bien y ámale según su condición y propiedades; y así tu Esposo, estando en ti, como quien él es te hace las mercedes: porque, siendo él omnipotente, te hace bien y ámate con omnipotencia; y siendo sabio, sientes que te hace bien y ama con sabiduría; y siendo infinitamente bueno, sientes que te ama con bondad; y siendo santo, sientes que te ama y hace mercedes con santidad; y siendo él justo, sientes que te ama y hace mercedes justamente; siendo él misericordioso, piadoso y clemente, sientes su misericordia y piedad y clemencia; y siendo fuerte y subido y delicado ser, sientes que te ama fuerte, subida y delicadamente; y como sea limpio y puro, sientes que con pureza y limpieza te ama; y, como sea verdadero, sientes que te ama de veras; y como él sea liberal, conoces que te ama y hace mercedes con liberalidad sin algún interese, sólo por hacerte bien; y como él sea la virtud de la suma humildad, con suma bondad y con suma estimación te ama, e igualándote consigo, mostrándosete en estas vías de sus noticias alegremente, con este su rostro lleno de gracias y diciéndote en esta unión suya, no sin gran júbilo tuyo: Yo soy tuyo y para ti, y gusto de ser tal cual soy por ser tuyo y para darme a ti." (Libro Llama de amor viva B 3,6).

P. Julio González C.

Pastoral de Espiritualidad Carmelitana.